

Coaliciones sin partidos La ciudad de Buenos Aires luego de la crisis de 2001

Sebastián Mauro*

En las últimas décadas, y, especialmente, luego de la debacle política y económica de fines de 2001, en Argentina se ha extendido la estrategia coalicional entre las principales fuerzas políticas para enfrentar los comicios. Curiosamente, dicho fenómeno es concurrente con un proceso de desestructuración del sistema de partidos, que ha encontrado en la literatura dos líneas de interpretación divergentes. Por un lado, numerosos estudios (Malamud, 2004; Leiras, 2007) tienden a resaltar los elementos de continuidad al observar la capacidad de resistencia de las organizaciones partidarias en un contexto de “descongelamiento” y “desnacionalización” de la competencia electoral. Por el otro, varios trabajos enfatizan los elementos de ruptura, especialmente en la relación entre los partidos y el electorado, interpretando los fenómenos de personalización y mediatización de la política como síntomas de un proceso más profundo de declive de los partidos como articuladores de las identidades políticas (Cheresky, 2006; Rinesi *et al*, 2007).

Una preocupación de los estudios políticos contemporáneos ha consistido en articular ambas perspectivas. Algunos trabajos recientes (Scherlis, 2009) postulan, continuando la línea trazada por Peter Mair (1997, 2005) para las democracias europeas, una “estatalización” de los partidos, caracterizando a los nuevos armados partidarios como redes pseudoestatales, casi por completo desvinculadas de los debates de una sociedad civil preocupada por otras cuestiones. Otros estudios (Torre, 2003) se dedican a señalar el impacto diferencial de la crisis de los partidos en los polos de la política argentina, escindiendo la crítica situación del polo no peronista del sólido arraigo institucional y territorial del polo peronista. Un tercer grupo de trabajos (Calvo y Escolar, 2005) continúa esta diferenciación entre familias políticas, pero para señalar los elementos de continuidad en las preferencias electorales: desde esta perspectiva, la desorganización partidaria no disuelve la diferenciación entre peronistas y no peronistas, o entre centroderecha y centroizquierda, y ello se debe a que el electorado continúa fidelizado a tales orientaciones, aún cuando las agrupaciones políticas fallen en el intento de monopolizar su representación.

A pesar de sus divergencias, las alternativas reseñadas coinciden en privilegiar una perspectiva organizacional, ya sea para destacar la capacidad de resistencia y adaptación de los partidos, o para postular su evolución hacia formatos más flexibles. Si bien asumir esta segunda línea es un acierto, centrar la atención exclusivamente en los elementos organizacionales obtura la relación que estos actores entablan con la sociedad civil y la opinión pública. Para poder abordar esta dinámica es necesario insertar el estudio de los nuevos formatos partidarios en una concepción identitaria de los procesos políticos, en tanto es en esta dimensión donde se reorientan los puntos de atracción de las redes y se desplazan las “sensibilidades” políticas del electorado.

Dada la fluidez que hemos señalado, hablar de identidades políticas induciría a error, por lo que nos dedicaremos a estudiar a la política porteña como una sucesión de

* Lic. en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires). Becario doctoral (CONICET) en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (Fac. de Cs. Soc. - UBA). sebasmauro@hotmail.com.

procesos de identificación, es decir, de procesos de formación de identidades que se superponen sin llegar a sedimentar en formas político partidarias duraderas.

En lo que sigue, trataremos el caso de la ciudad autónoma de Buenos Aires (CABA). La ciudad capital de la República, cuyo estatuto es el de un estado autónomo desde hace poco más de una década, es el distrito electoral donde más radicalmente se ha constatado la tendencia hacia la marginación de los partidos como organizadores de la competencia política (Bril Mascarenhas, 2008), lo que ha derivado en la proliferación de alianzas electorales de corta duración, donde confluyen fragmentos de estructuras partidarias con líderes de opinión y otro tipo de cuadros en disponibilidad. Para referirnos a este proceso, luego de hacer una breve presentación del sistema político porteño, analizaremos los ciclos electorales locales de 2003 y 2007 (renovación del ejecutivo y legislativo locales), describiendo la conformación de la oferta política para cada caso, así como las diferentes estrategias de diferenciación política en el curso de las campañas.

Caracterización del sistema político en la ciudad

Cuando hacemos referencia al “descongelamiento” o al “colapso” del sistema de partidos porteño, y señalamos el crecimiento paralelo de las coaliciones como herramientas electorales, debemos hacer una breve caracterización del caso, antes de abordarlo desde su dinámica.

En primer lugar, como nota principal del grado de inestabilidad del sistema de partidos, es necesario señalar el elevado número efectivo de partidos, así como sus radicales oscilaciones entre un proceso electoral y otro¹. Esta característica no se acota al período crítico de 2002 (y al proceso electoral de 2003), sino que es una constante en la dinámica política porteña. Tal como este indicador refleja, desde 1996 se produce un incremento (y una alta variabilidad) en el número de partidos políticos que se presentan a la justicia electoral para ser reconocidos, así como una alta participación de éstos en los procesos electorales, y, como integrantes de coaliciones, cierta facilidad en el acceso a bancas.

Estos fenómenos son habilitados por un marco institucional construido en pos de una proporcionalidad casi perfecta, en tanto el mecanismo de asignación de bancas se complementa con la inexistencia de umbrales legales para el acceso a escaños y con una legislatura de magnitud alta (60 miembros). Asimismo, la lógica coalicional se ve facilitada por la posibilidad de sumar listas que apoyen a una misma fórmula al ejecutivo, lo que permite resolver los procesos de nominación a partir de la multiplicación de candidaturas. Este fenómeno, por su parte, incide en el acceso de los partidos a la legislatura, en tanto las boletas para cargos legislativos y ejecutivos se encuentran unidas en el cuarto oscuro, facilitando el efecto arrastre en listas ignotas por los ciudadanos.

Ahora bien, desde nuestra perspectiva, dicho marco institucional habilita cierto tipo de estrategias, pero no es en sí mismo condición suficiente de la fluctuación electoral y de la fragmentación partidaria. Incluso podría afirmarse lo contrario: en un escenario de descongelamiento partidario, la redacción de la constitución de la ciudad estuvo

¹ Todos los datos referidos en el presente apartado se encuentran detallados en el anexo, al final del documento, junto con los resultados electorales de los comicios referidos en el artículo.

fuertemente influida por nuevas fuerzas políticas, que propugnaban, como solución al problema de la distancia entre representantes y representados, un mayor involucramiento de los ciudadanos en el gobierno. Con este espíritu se construyó un entramado institucional plenamente inclusivo, evitando cualquier tipo de sesgo mayoritario, así como también se incluyeron numerosos mecanismos de descentralización y participación ciudadana, cuya implementación (cuando la hubo) distó mucho de las expectativas originarias (Landau, 2008).

Como evidencia de la fragmentación política señalada, pueden observarse las bajas concentraciones de votos a las fórmulas ganadoras en las elecciones ejecutivas: ninguno de los cuatro gobiernos elegidos por el voto popular alcanzó el 50% de los votos positivos (requisito para elegir una fórmula sin necesidad de segunda vuelta). Si bien Ibarra en 2000 casi alcanza este porcentaje, y si bien Macri en 2007 alcanza un récord en la distancia respecto de la segunda fórmula, en las cuatro elecciones hubiera sido necesario apelar a una segunda vuelta electoral debido a la dispersión de votos².

A estos elementos es necesario agregar el alto nivel de fragmentación y de fluidez en las coaliciones legislativas. Si bien algunos estudios (Alessandro, 2005) tratan de matizar las impresiones del discurso mediático sobre el tema, es evidente la proliferación de rupturas en los bloques legislativos, reagrupamientos heterogéneos según la coyuntura, indisciplina hacia adentro de los bloques, fluidez en la construcción y disolución de interbloques e incoherencias ideológicas en las posiciones políticas de numerosos legisladores.

Antecedentes: Autonomía, descongelamiento y crisis

En el marco de las reformas estructurales del Estado y del mercado que el gobierno peronista de Carlos Menem llevara adelante durante la década de los 90, la reforma de la Constitución Nacional de 1994 otorgaba a la Capital Federal el rango de Ciudad Autónoma, habilitando a sus vecinos a elegir su propio gobierno (prerrogativa retenida desde 1880 por el Presidente de la Nación) y su propia Legislatura distrital. Como fue señalado, el nuevo estatus llegaba de la mano de una profunda alteración de las esferas de la vida política, social y económica del país. Mientras que las reformas económicas de orientación neoliberal transformaban el mundo del trabajo, y con él las formas de movilización social; las transformaciones sociales y culturales contribuían a la mutación de las identidades políticas en el electorado, erosionando severamente la capacidad de convocatoria de los partidos políticos.

En este contexto se llevó adelante la autonomización de la ciudad, convirtiéndose en el distrito electoral a la vanguardia de las mutaciones políticas en curso. Incluso antes de la autonomía, la ciudad se había convertido en el bastión electoral de una fuerza política que erosionaba fuertemente el bipartidismo a nivel nacional. Se trataba del Frepaso, una fuerza política con una delgada estructura partidaria y rápido crecimiento electoral (triumfante en la ciudad en las elecciones nacionales de 1994 y 1995, aunque derrotado por la UCR en las elecciones a Jefe de Gobierno de 1996) traccionado por la popularidad mediática de sus heterogéneos liderazgos. En los años posteriores, la ciudad sería el punto desde el cual se construyó la coalición antimennemista entre el radicalismo

² En 1996, la segunda vuelta no fue necesaria porque así lo exigía la legislación vigente antes de la sanción de la Constitución local. En 2000, en cambio, no se concretó por la renuncia de una de las fórmulas a competir.

y el Frepaso (Alianza); así como el principal bastión de otras nuevas fuerzas políticas, como Acción por la República y Nueva Dirigencia, construidas en torno a personalidades reconocidas por su gestión en el gabinete nacional.

Para la primera renovación del ejecutivo local, el panorama era diferente al de 1996: con un justicialismo marginado de la contienda, la competencia giró en torno a la mayoritaria Alianza (victoriosa en las elecciones presidenciales de 1999) y la coalición entre Acción por la República y Nueva Dirigencia. De este modo, el frepasista Aníbal Ibarra alcanzaría la Jefatura de Gobierno, replicando el discurso de renovación política que depositaba en el significante *corrupción* la diferencia entre la Alianza y el menemismo, condensando las heterogéneas expectativas de recambio político del electorado (que iban desde la reducción de la desigualdad y el desempleo, a la mejora en la prolijidad administrativa y el respeto por las instituciones).

Apenas un año más tarde, el discurso aliancista se revelaba incapaz de resolver las faltas que impugnaba a su predecesor, agravándose la crisis económica por la pérdida de financiamiento externo, y estallando diversos escándalos de corrupción, uno de los cuales derivó en la renuncia del vicepresidente, con el quiebre de la coalición y su reestructuración a partir de la entrada de Domingo Cavallo (referente de Acción por la República y creador de la convertibilidad entre el peso y el dólar) en el Ministerio de Economía. Dichos fracasos configuraban una coyuntura crítica de disolución social y política, ilustrada electoralmente por el record de abstención y voto blanco y nulo en las elecciones legislativas de 2001³, y que tuvo su desenlace en la profundización del ciclo de movilización y protesta hacia finales de año, con la renuncia anticipada del Presidente, condicionada por una manifestación popular de novedosas características. Dicha protesta tuvo su epicentro en la ciudad de Buenos Aires, complicando particularmente la continuidad del gobierno local, que había perdido su apoyo partidario (en tanto la coalición UCR-Frepaso había desaparecido a nivel nacional, y ambos partidos desangraban recursos y dirigentes a medida que la crisis se profundizaba).

Incertidumbre partidaria e instalación de la escena política

El clima de disolución y emergencia que había significado la crisis tuvo una lenta, conflictiva (y, en numerosos episodios, represiva) recomposición durante la presidencia provisional de Eduardo Duhalde, que se presentaba a sí misma en los términos de una “transición” hacia un período indeterminado de cambio político. Dicho “punto de llegada” de la transición era un enigma, en tanto la oferta electoral para las presidenciales de 2003 incluía a cinco candidatos autoproclamados con magras oportunidades en las encuestas. Todos ellos provenían de los dos partidos tradicionales (el Frepaso y Acción por la República se encontraban virtualmente disueltos), en proceso de implosión o de diáspora: de la familia radical provenían dos candidatos ubicados en las antípodas ideológicas (Ricardo López Murphy y Elisa Carrió), y otro tanto sucedía entre los tres candidatos de origen peronista (los ex presidentes Carlos

³ Las elecciones de 2001 también fueron el momento de surgimiento de dos nuevas fuerzas políticas, con epicentro, precisamente, en la ciudad de Buenos Aires: Afirmación por una República Igualitaria (ARI), liderada por la ex dirigente radical Elisa Carrió; y Autodeterminación y Libertad (AyL), liderada por el ex diputado del MAS, Luis Zamora.

Menem y Adolfo Rodríguez Saá y el último recurso de la lista de delfines duhaldistas: Néstor Kirchner⁴).

El contexto de incertidumbre en el plano nacional aceleró el proceso de fragmentación partidaria, al cual los diversos gobiernos provinciales respondieron intentando desacoplar la dinámica política distrital de la nacional, con la consecuente profundización del proceso de “territorialización” de la política⁵ (dicho fenómeno se agravaba por el hecho de que las elecciones legislativas nacionales se realizarían, de manera excepcional, concurrentemente con las elecciones distritales, en lugar de coincidir con la fecha de los comicios a Presidente y vicepresidente) . La ciudad de Buenos Aires, en tanto epicentro de la crisis de representación, se enfrentaba a una centrifugación más intensa de sus fuerzas, obligando a los fragmentos de estructuras partidarias a lanzarse detrás de la figura competitiva que pudiera asegurarles el acceso a cargos, profundizando la tendencia personalista del distrito.

Dado tal grado de dislocación de la competencia política, Aníbal Ibarra, al igual que otros mandatarios distritales, hizo un uso instrumental del calendario electoral para fabricar una escena de competencia a la medida de sus pretensiones. En un primer momento, Ibarra adelantó los comicios locales, dejando poco margen temporal a los actores para la estructuración de la oferta política (la presentación de listas debía realizarse antes de la celebración de las elecciones para Presidente y vicepresidente, cuyo resultado era un arcano que volvía provisorias las negociaciones en los distritos). El objetivo era eliminar de la competencia a los candidatos poco conocidos para el público, así como a aquellos candidatos presidenciales con buena imagen en la ciudad (como Elisa Carrió o Ricardo López Murphy).

La conformación de la escena local finalmente fue frustrada por la justicia electoral, que obligó al Jefe de Gobierno a postergar los comicios, dado que el escaso margen temporal dificultaba la confección de los padrones. No obstante, la frustrada competencia permite observar estado de las alianzas en el distrito antes de las elecciones presidenciales, y comprobar sus sustantivas diferencias con la escena que se presentaría unos meses más tarde⁶. El período abierto entre las elecciones nacionales y las locales complementaría (involuntariamente) la estrategia reeleccionista de Ibarra, dado que el nuevo gobierno nacional eliminó de la competencia a una serie de precandidatos (como Daniel Scioli, Rafael Bielsa y Gustavo Béliz), e instaló un clima de “cambio de época” progresista, que habilitaba a Ibarra para intentar encarnar, una vez más, a la nueva etapa de renovación política.

Antes de profundizar este último punto, precisemos los actores que se conformaron para la competencia electoral local, en la que se presentaron 31 fórmulas para el ejecutivo, 33

⁴ La nómina de precandidatos aceptables para el Presidente Duhalde incluía un extenso arco ideológico, que iba desde el gobernador de Santa Fe, Carlos Reutemann, y el gobernador de Córdoba, Carlos De La Sota (ambos de filiación menemista en su momento), hasta el gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner, declarado (tardíamente) antimenemista lanzado a la campaña electoral antes de la bendición presidencial.

⁵ Sobre dicho proceso, ver Calvo y Escolar, 2005; Leiras, 2007; Torre, 2003.

⁶ Las listas presentadas en abril de 2003 (para cargos legislativos locales en las elecciones suspendidas del 8 de junio), ascendieron a 40. Las variaciones entre esta oferta partidaria y la presentada para las elecciones del 24 de agosto son muchas, pero fundamentalmente se observa la presencia de listas alineadas a los candidatos presidenciales Carlos Menem y Adolfo Rodríguez Saá, la presencia autónoma del Partido Justicialista y de Nueva Dirigencia, además de múltiples variaciones significativas en los alineamientos de dirigentes políticos individuales.

listas para diputados nacionales y 38 para legisladores porteños. Nos referiremos brevemente a los cuatro armados con mayor protagonismo.

El Jefe de Gobierno instaló su candidatura al frente de un nuevo sello partidario, *Fuerza Porteña* (FP), acompañado por un funcionario de su gobierno de origen peronista, Jorge Telerman. En las listas legislativas confluyeron partidos políticos (ocho partidos en la lista a diputados nacionales, cinco en la lista a legisladores; entre ellos el ARI, el Frente Grande, el Partido Socialista y el flamante sello kirchnerista Partido de la Victoria), fragmentos partidarios del PJ y la UCR (que orgánicamente abandonara al titular del ejecutivo), y de movimientos sociales (CTA). Al mismo tiempo, el Jefe de Gobierno habilitó apoyos a su candidatura desde otras listas con menores expectativas: el Partido de la Revolución Democrática (PRD), ligado al presidente Kirchner; y el Partido de la Ciudad.

Por su parte, el empresario y dirigente futbolístico, Mauricio Macri, definió su primera incursión en la arena política al frente de un nuevo partido, *Compromiso para el Cambio* (CPC), que participaba de un entramado de coaliciones con otros partidos, según se trate de la lista a diputados nacionales (formaba un frente de ocho partidos) o a legisladores locales, donde la oferta macrista se desdobló en cuatro listas que aglutinaban a once partidos (entre ellos, el conflictuado Partido Justicialista⁷ y Acción por la República). Los dirigentes peronistas predominaron en el armado de las listas a legisladores, aunque alternados con una miríada de personalidades provenientes de otras fuerzas (algunas de ellas, los partidos menores que aportaban a la coalición) o candidatos con escasa o nula trayectoria partidaria (algunos reconocidos por el público, otros, desconocidos).

Otras dos figuras de renombre lograron aglutinar a diferentes actores políticos, y construir tras de sí alianzas. Luis Zamora abandonaba su estrategia abstencionista (que fracasó en las presidenciales), incorporando a su lista a referentes del movimiento asambleario surgido en 2002. Por su parte, la ex ministra de la Alianza, Patricia Bullrich llevaba a su fuerza, Unión por Todos (UPT), en coalición con Recrear, el sello de Ricardo López Murphy, el candidato presidencial de mejor performance en la ciudad.

La campaña en 2003 giró en torno a la polarización entre una *vieja política corrupta* y una *nueva política* (Mauro, 2005). En este sentido, la presentación de la coalición que sostenía al Jefe de Gobierno volvía verosímil la idea de un frente de centroizquierda que daba batalla a las aspiraciones personales de uno de los beneficiarios de las políticas de los noventa: mientras que detrás de Ibarra se alineaba una serie de actores identificados con una retórica progresista cercana al Frepaso (pero no directamente identificables con su declive), el lado de Macri era presentado como la aventura personal de un empresario corrupto y demagógico.

El contenido progresista del espacio que sostenía al Jefe de Gobierno se anclaba en la oposición a un pasado de corrupción y debacle. Identificada con la década pasada, la *corrupción* era entendida como apropiación de los bienes de *todos* por parte de algunos, entendiendo como progresista la protección de lo público por parte del Estado. Si bien esta concepción podía evocar vagamente una demanda de inclusión social, lo público era interpretado como un espacio neutral, igualmente de todos e idealmente ajeno a la

⁷ El PJ apoyó la candidatura de Macri y su lista para legisladores locales, pero no participó en la coalición (ni tuvo participación alguna de manera independiente o en alianza) de la lista para diputados nacionales.

lucha política. Por esta operación, la centroderecha aparecía ligada a intereses particulares en detrimento de lo público, pero al precio de que el progresismo apareciera vaciado de las reivindicaciones históricas de la izquierda democrática.

Del lado del macrismo, el intento por desmontar este principio de lectura también tomó como eje la divisoria entre *vieja* y *nueva* política, pero entendiendo el carácter *corrupto* de la vieja política en los términos de una “politiquería vacía”, que promete para acceder al poder y luego no se esfuerza por solucionar los problemas de la gente. En este sentido, CPC exaltó (ya desde el nombre del sello) la inserción de recursos humanos ajenos a la política (y, automáticamente, a su corrupta situación) dispuestos a llevar adelante los cambios que el público esperaba.

De esta forma, tanto el progresismo como el sector identificable con la centroderecha, compartían un modelo de diferenciación con el pasado reciente (la “vieja política”), caracterizado por la debacle y la *corrupción*, entendida ésta última como obstáculo para la plenitud de *todos* en beneficio de algunos. Este clivaje político estructuró la comunicación política, tanto en momentos de normalidad como de crisis, durante toda la gestión ibarrista (Mauro y Natanson, 2006; Mauro y Montero, 2006).

Este principio de diferenciación (y de inteligibilidad política) se mostraría insuficiente para sostener la coherencia del armado político ibarrista, siendo Fuerza Porteña uno de los primeros espacios en fragmentarse en la Legislatura. Una centrifugación más violenta, sin embargo, sufrieron los bloques que sostuvieron las candidaturas de Patricia Bullrich y Luis Zamora, quebrando la coherencia de un campo político dividido en cuatro espacios ideológicamente identificables, y generando una dinámica de intercambios personalistas⁸. Diversas coyunturas críticas pusieron a prueba esta dinámica, como sucedió en el debate sobre la reforma del Código Contravencional, que generó violentos reclamos y derivó en la primera reestructuración del gabinete de Néstor Kirchner (Mauro y Natanson, 2006) o sobre educación sexual y salud reproductiva, en los cuales la frontera entre centroderecha y centroizquierda parecía reavivarse, pero en relación a temas heterogéneos, y con aliados disímiles y de trayectoria oscilante⁹.

En este escenario de fragmentación de los bloques y fluctuación de los posicionamientos políticos, el incendio del microestadio República de Cromañón durante un recital, con su saldo de 194 muertos, puso en crisis la continuidad de Ibarra en su cargo. La magnitud del acontecimiento lo convirtió en un verdadero trauma, y los actores políticos se veían interpelados por una opinión pública incapaz de elaborar el suceso de otra forma que no fuera la búsqueda de responsabilidades individuales (Mauro y Natanson, 2006). En esta escena, las críticas a la ineficiencia del gobierno porteño para controlar el cumplimiento de las normas de seguridad en el boliche se multiplicaban con las sospechas de pago de sobornos a diversos funcionarios de la

⁸ Dos fueron los legisladores que pasaron de Unión para Recrear al ARI y cuatro los legisladores macristas que pasaron al kirchnerismo. En la Cámara de Diputados, CPC perdería 3 de los 5 diputados obtenidos en 2003. En 2005, luego de las elecciones legislativas, el pase de Eduardo Lorenzo Borocotó constituiría un ejemplo caricaturesco de tales tendencias.

⁹ Como el ecléctico Partido de la Ciudad, una fuerza política sin trascendencia que logró en 2003 el 10% de los sufragios “colgando” sus listas de la candidatura de Aníbal Ibarra, y que luego se contaría entre los más firmes partidarios del proyecto macrista de reforma del Código Contravencional. En sus filas revistaba la legisladora Mirta Onega, quien debió abandonar el bloque luego de una denuncia por discriminación y xenofobia, aunque se mantuvo alineada en sus intervenciones parlamentarias.

comuna. Dichos elementos volvieron factible una articulación discursiva entre los significantes *inseguridad* (entendido como la desprotección de los ciudadanos por parte del Estado frente a la falta de escrúpulos de los empresarios, es decir, como la desprotección de “todos” frente a los intereses de “algunos”) y *corrupción* (definido, como señaláramos anteriormente, como la gestión de los bienes de “todos” en beneficio de los intereses de “algunos”).

El incumplimiento de la protección de los ciudadanos por parte del Estado fue entendido como síntoma de una estafa de los políticos, que prometen para hacerse con el cargo y luego no cumplen con una gestión eficiente, lectura que ofreció al macrismo un lugar de enunciación verosímil para ejercer oposición, pero que también lo puso en la incómoda situación de llevar un proceso político potencialmente costoso frente al electorado. En esta línea el macrismo encontró la compañía, y la presión, de los partidos de izquierda, y un aliado renuente en el ARI, otrora parte importante de la coalición progresista gobernante.

El Jefe de Gobierno movilizó el mismo discurso inaugurado en 2003, denunciando un intento de “golpe institucional” por parte de sectores de la vieja política y la derecha de los negocios. La actitud ambivalente de la opinión pública, de la sociedad civil movilizada y de la gran mayoría de los actores políticos estuvo dominada por la pugna entre estas dos descripciones del proceso, y sus alineamientos finales ante las instancias decisivas obedecían por completo a estas definiciones de la situación (Mauro y Natanson, 2006).

El proceso (electoral) dentro del proceso (político)

En medio de este proceso se produjo el ciclo electoral 2005, en el que se renovaba la mitad de la Legislatura que tenía en jaque al titular del Ejecutivo local, así como también la mitad de la representación porteña en la Cámara Baja. La conformación de la oferta electoral (con 29 listas a diputados y 42 listas a legisladores) puso de manifiesto que tanto la multiplicación como la fluctuación de fuerzas políticas no fueron fenómenos excepcionales, sino características distintivas de la nueva formación política. A la completa desaparición del Jefe de Gobierno como actor en la competencia electoral se sumaba la marginación de Patricia Bullrich y Luis Zamora, producto de la extraordinaria erosión de sus fuerzas a nivel legislativo, revelándose la dificultad para mantener las alianzas y sostener un espacio de enunciación políticamente relevante en tiempos no electorales. Con estas transformaciones, la escena se constituyó en torno a tres fuerzas políticas, diferentes a las de 2003.

En primer lugar, CPC, ahora asociado a Recrear en la Alianza Propuesta Republicana (PRO), reestructuraba el “polo de centroderecha”, aglutinando a siete partidos. En segundo lugar, el ARI, instalado ahora en el rol de oposición, presentaba una heterogénea oferta producto de dos criterios de nominación superpuestos: la voluntad de Carrió y las negociaciones entre los referentes del ARI capital. En tercer lugar, el FPV (que aglutinaba a cuatro partidos, entre ellos el Partido Justicialista y Nueva Dirigencia) presentaba una oferta que superponía del mismo modo dos lógicas: la de los liderazgos de popularidad (sobre los cuales se edificó una lista de candidatos a diputado de perfil progresista y no peronista) y la de aquellos referentes afirmados en un capital

organizativo (sobre los cuales se constituyó la lista de legisladores locales, más ligada al “aparato” del peronismo porteño).

Con la etiqueta PRO, Macri pretendía eludir la frontera del progresismo, que lo ubicaba en el espacio de una “derecha de los negocios”. La denuncia del “falso progresismo” tomó nuevos impulsos luego de la crisis del gobierno de Ibarra, presentando como contracara un *progresismo de la gestión*, es decir, una voluntad política de progreso social asentado en la capacidad transformadora de la máquina administrativa estatal. En este punto, un híbrido. La asociación entre política y gestión había sido el tradicional baluarte de una derecha privatista y neoliberal, pero ahora aparecía unido a una revalorización de la intervención estatal y de la capacidad del Estado para reformar a la sociedad, sobre todo en el eje de la *seguridad*, en su definición más general de necesidad de un Estado protector de *todos* frente a la amenaza de algunos. Las similitudes con la concepción desideologizada de lo público en el propio discurso de Ibarra pueden aparecer, en este sentido, como significativas, cuestión que será aún más notoria en la campaña 2007.

El contundente triunfo de Macri en todas las circunscripciones porteñas, incluyendo las de la zona centro de la ciudad, por sobre Elisa Carrió (ARI) y Rafael Bielsa (FPV), fue el principal resultado de este proceso, instalando un nuevo equilibrio de fuerzas, que prometía organizar la política porteña de manera estable. Pero, una vez pasadas las elecciones e incluso antes de la renovación del cuerpo legislativo, la nueva relación de fuerzas se hizo patente en el avance hacia la suspensión de Ibarra y el Juicio Político, poniéndose nuevamente en crisis la delimitación de los espacios formados y la instalación de una normalidad institucional. El proceso al Jefe de Gobierno obligó a los diferentes actores a tomar posición, produciéndose nuevos realineamientos: a la definitiva indisciplina kirchnerista, se sumaron las contradictorias intervenciones del zamorismo y la curiosa convergencia de los dos extremos del arco político en la destitución del Jefe de Gobierno (Mauro y Montero, 2006).

La construcción electoral frente a la incertidumbre permanente

El gobierno provisional de Jorge Telerman profundizó la dinámica de realineamientos políticos permanentes, al impulsar una estrategia reeleccionista que seguía los principios acuñados por Ibarra en 2003: la construcción desde el vértice del poder estatal local¹⁰ de un armado político heterogéneo identificado con un perfil progresista “independiente”. Telerman buscó apoyo en todos los candidatos presidenciales relevantes (Kirchner, Carrió y Lavagna) y negoció cargos con una multiplicidad de sectores “en disponibilidad”¹¹.

¹⁰ Siendo el escenario diferente al de 2002, Telerman utilizaría su posición institucional para multiplicar su visibilidad pública. En este sentido, proyectos como el de habilitar el voto local a partir de los 16 años, junto con una omnipresente campaña gráfica y televisiva del Gobierno de la ciudad, bajo el programa Actitud Buenos Aires, la apertura de un canal de televisión cultural (cuyos contenidos, cabe señalar, no tienen ninguna intención proselitista y su calidad es indiscutible), una maratónica agenda de inauguraciones y hasta la transmisión de un pseudo “reality show” de su gestión por internet, fueron desesperadas evidencias de la estrategia telermista desde el inicio de la gestión, cuando el flamante titular del ejecutivo redesignara informalmente a su cargo como “intendente”.

¹¹ En particular, sectores del peronismo porteño, que nunca vieron con buenos ojos a Ibarra; pero también el Partido Socialista, movimientos sociales cercanos al kirchnerismo, el ARI, la UCR y una miríada de partidos políticos de escaso peso electoral.

Dicha estrategia convergía con los problemas que todas las fuerzas políticas, nacionales y distritales, ostentaban a la hora de construir sus nóminas de candidatos: ni el FPV, ni el PRO, ni el ARI, ni el lavagnismo estaban en condiciones de presentar candidatos competitivos en todos los frentes (que, a nuestros acotados objetivos, resumiremos en dos: las presidenciales y las ejecutivas porteñas). Ante el fracaso anticipado por las encuestas de los “delfines” postulados por los líderes, la escena política de principios de 2007 instalaba a un pequeño grupo de figuras en una competencia que incluía, alternativa o simultáneamente, a la ciudad, a la nación e incluso a la provincia de Buenos Aires¹².

Herederero de Ibarra, Telerman definió el calendario electoral acorde a la escena que necesitaba fabricar. Adelantar las elecciones para cargos locales a principios de junio forzaba a los actores políticos a definir sus candidaturas, agravando sus tensiones internas y dificultando la instalación de los precandidatos menos conocidos.

Para el ARI, que atravesaba, con la imposición de la Coalición Cívica (una alianza con sectores sociales y el partido de Patricia Bullrich), la profundización de su escisión interna entre Carrió y el armado partidario, el adelantamiento de las elecciones llevó a la ruptura, con el consecuente vaciamiento del partido. Luego de una serie de jugadas mediáticas desprolijas, Carrió se vio obligada a caer, una vez más, en la confluencia del “progresismo independiente”, que ahora convocaba Telerman, como último recurso frente a la marginación de la competencia en la arena porteña¹³.

Del mismo modo, el adelantamiento de las elecciones profundizó las diferencias internas en la galaxia kirchnerista, tensando la cuerda entre la estrategia “progre no peronista” (ideada por Alberto Fernández) y el desencantado justicialismo porteño, que veía en Telerman la posibilidad de una estrategia peronista autónoma. El uso del espacio público para dirimir esta disputa (usando las encuestas para impulsar o erosionar la verosimilitud de las candidaturas de Filmus y de Telerman) fue una constante, incluso hasta días antes de la elección.

Entretanto, la coalición del PRO aparecía como el propio Macri “en diálogo” con distintos actores partidarios, tanto externos como internos a su propia fuerza política. Muchos de estos acercamientos pusieron en riesgo la continuidad de la coalición entre CPC y Recrear (cuyo principal referente, Ricardo López Murphy intentaba instalarse como candidato presidencial, batallando contra la erosión que su propia coalición hacía a su figura), e incluso la supervivencia de la fuerza política de Macri, tensada por las disputas entre sus sectores internos. Fue este escenario el que llevó al empresario a abandonar su posible candidatura presidencial, ante el temor de que el armado porteño se diluyera si no se presentaba un candidato competitivo a las elecciones locales.

En este contexto, el proceso de negociación de las candidaturas se jugó en y por la opinión pública. Más allá del uso que los diferentes actores de la comunicación política dan a las encuestas para sostener su posición en el campo (Vommaro, 2007), en el caso porteño, en 2007, fueron las encuestas y su difusión mediática los principales capitales

¹² Mauricio Macri pasó por las tres instancias, Elisa Carrió jugó al misterio por un breve período de tiempo con su postulación a la Jefatura de Gobierno, mientras que Daniel Scioli pasó a jugar en la arena bonaerense, frustrando por segunda vez su candidatura en la ciudad.

¹³ Para un tratamiento del proceso, ver Mauro, 2009.

para la *conformación* de la oferta electoral, aumentando o estrechando el margen de negociación de los diferentes actores involucrados, y realineando las lealtades electorales antes y después del cierre de las listas. La oferta política constituida (con 20 binomios al ejecutivo y 23 listas para legisladores locales) ubicaba al tope de las preferencias a un grupo de coaliciones (en algunos casos, coaliciones entre coaliciones) entre precandidatos autoproclamados y fragmentos de estructuras organizativas.

El FPV (una coalición de ocho partidos) se alió al espacio articulado por Aníbal Ibarra, la coalición Diálogo por Buenos Aires (DBA, que incluía a seis partidos), para conformar su binomio al ejecutivo porteño, con Daniel Filmus y Carlos Heller. Acompañaban a los candidatos dos listas de legisladores, una por cada coalición.

La fórmula Telerman-Olivera representaba la coalición entre tres coaliciones recientemente inscriptas en la justicia electoral: las coaliciones telermistas Más Buenos Aires (conformada por cuatro partidos) y Buenos Aires por Más (conformada por otros cuatro), y la Coalición Cívica (conformada por el ARI, UPT y una etiqueta recientemente constituida por los desertores aristas leales a Carrió). La alianza entre Telerman y Carrió, no obstante, fue dividida en la oferta para la Legislatura local.

El PRO (una coalición de siete partidos) definió su binomio exclusivamente entre los integrantes de CPC (aunque la candidatura de Michetti implicó un realineamiento en las relaciones de fuerza internas, así como contribuyó al desplazamiento del perfil personalista de Macri), y negoció su única lista de legisladores con sus aliados, especialmente Recrear.

Esta lógica coalicional entre espacios políticos difícilmente identificables como partidos en el sentido tradicional del término (se trataba, en todo caso, de etiquetas que alineaban fragmentos organizacionales con liderazgos de popularidad), se reflejaba en la campaña electoral. Los principales actores intentaron activar una identificación con el electorado a partir de la “sumatoria” de perfiles diversos, y al mismo tiempo diferenciarse de sus adversarios a partir de las deficiencias de sus socios o de la heterogeneidad de sus armados.

En este sentido, tanto Filmus como Telerman intentaron asociarse al discurso que articulara Aníbal Ibarra en 2003: mientras Filmus enfatizaba los componentes del “presente progresista” (que encarnaba por metonimia con la figura de Kirchner e Ibarra) frente a un pasado de debacle y corrupción (por el que asociaba a la Coalición Cívica con la Alianza y al macrismo con el menemismo); Telerman reeditó la imagen del progresismo independiente, fijándolo en un estilo de vida moderno y sofisticado, que le permitía (al menos eso creía el telermismo) condensar un espacio cada vez más heterogéneo sin tener que asumir posiciones políticas conflictivas. La creencia en la continuidad inexpugnable del discurso progresista articulado por Ibarra, llevó a ambos sectores a una batalla permanente por el acceso al ballotage, sin tomar en consideración que la desesperación por el segundo puesto en las elecciones los alejaba cada vez más de acceder al primero.

Frente a las recurrentes disputas entre actores que suponían ya resuelta la tarea de diferenciación respecto del macrismo, pero que asumían con pocas ideas la tarea de definir al progresismo (tarea ciertamente relevante luego de la destitución de Ibarra y la validación de la idea de un “progresismo vacío”), el macrismo encontró una forma de

diferenciación política que cortaba al electorado de una forma alternativa a la de 2003, asumiendo que la necesidad de “educación y salud para todos” (la tarea de la centroizquierda, en las versiones desideologizadas de Ibarra, Carrió, Bielsa, Filmus y Telerman) era también una reivindicación propia, y sumándole a estas buenas intenciones la ya ensayada imagen de una nueva generación de políticos, trabajadores, honestos, y menos charlatanes y peleadores. Si estos últimos elementos podían ser caracterizados en 2003 como propios de una idea “antipolítica”, defendida por ciertos sectores de la derecha privatista, la crisis del gobierno de Ibarra y una fatigada verborrea presidencial los hacían verosímiles ante el electorado. La sumatoria de la figura de Michetti (y también la de Mariano Narodowski en la lista para legisladores), aportaba la imagen de un “espacio” allí donde, hasta entonces, era percibida una aventura personal. Mostrar una fuerza política “desapropiada”, con figuras poco identificables con la derecha, que podían darse el lujo de llamarlo “facho” en público, escenificaba un espacio deliberativo y plural en su propuesta, legible como contracara de la “hegemonía kirchnerista” asociada generalmente a una deficiencia de carácter del Presidente.

Este desplazamiento del discurso macrista, así como el desgaste de la retórica progresista como principio de diferenciación efectivo, y su cada vez mayor desconexión con la retórica nacional-popular kirchnerista¹⁴, fueron los que habilitaron el triunfo de Mauricio Macri en las elecciones locales de 2007, inaugurando un nuevo ciclo político de características muy complejas.

Complejo, en principio, por su superposición con otros clivajes. Si el triunfo macrista prometía instalar una oposición entre la capacidad de gestión que postulaba el ingeniero y la retórica kirchnerista; esta promesa se vio frustrada a los pocos meses, cuando la elección presidencial posicionara a la figura de Elisa Carrió al frente de otro tipo de oposición al kirchnerismo, anclada en una condena furibunda al populismo (no compatible ni con el estilo ni con las alianzas de Macri) que por la capacidad de gestión. En 2008, el conflicto agrario y los problemas de la gestión en el gobierno de la ciudad obturaron aún más la figura de Macri en la arena política, pero su figura volvió a instalarse en el centro de la escena (y los sondeos preelectorales prevén que nuevamente será en perjuicio de Carrió) de cara a las elecciones legislativas de 2009.

Conclusiones

Comenzamos el presente artículo enunciando las consecuencias de la crisis multidimensional de 2001-2002 en los partidos políticos y la dinámica democrática. Señalamos brevemente las divergencias en torno a las características de dichas consecuencias (en las transformaciones del bipartidismo, en la desnacionalización de la competencia política, en la mediatización, personalización, territorialización de la política, en las adaptaciones del peronismo y la crisis del radicalismo, etc.), y rastreamos una continuidad: la mayoría de los estudios se preocupan por caracterizar dicho proceso desde la perspectiva de las organizaciones, incorporando la dimensión identitaria como subsidiaria. Nuestro estudio ha tomado la orientación contraria: hemos descrito la dinámica política porteña a partir de los procesos de identificación y diferenciación políticas, y hemos presentado los alineamientos de los nuevos tipos de organización partidaria en función de la eficacia de dichos procesos.

¹⁴ Para un tratamiento de la relación entre el discurso progresista y la retórica nacional-popular en el período indicado, ver Montero, 2007. Para un tratamiento de sus antecedentes, ver Novaro, 2006.

En este sentido, el proceso de recomposición política iniciado por el kirchnerismo en 2003 volvió verosímil el discurso articulado por Aníbal Ibarra, tornando inteligible la escena política porteña en los términos de una polaridad ideológica entre los partidarios del consenso de los noventa y los emergentes del nuevo ciclo político progresista. Con sus matices, el éxito de este discurso sirvió de base a los análisis periodísticos y politológicos sobre la dinámica política del distrito, que veían en dicha polaridad la subsistencia del sistema político, sino en los partidos, en la existencia de “espacios” o “polos” políticos que ligaban a los actores con los electorados (Calvo y Escolar, 2005).

Sin embargo, dicho principio de lectura encontró rápidamente sus límites. En primer lugar, postular una polaridad ideológica no bastaba para retener la unidad de los armados políticos en períodos de normalidad, tendiendo éstos a la dispersión, cuando no a la centrifugación de sus elementos. Las coyunturas de gran movilización política y los ciclos de renovación electoral de los cargos fueron los momentos en los que la tendencia a la fragmentación se veía interrumpida, pero no para reagrupar los polos sino para construir nuevos actores en función de realineamientos contingentes. En este contexto, se impone a los actores una lógica coalicional de características particulares, en tanto las coaliciones electorales no sólo no son el resultado de alianzas entre partidos políticos estructurados, sino que incluso atentan contra la institucionalización de las fuerzas políticas, como lo demuestra la proliferación de nuevas etiquetas para cada ciclo electoral.

En este juego de realineamientos permanentes, el principio de división en dos polos ideológicos se desvirtuó hasta su implosión, en tanto todos los actores relevantes terminaron por apropiarse de su descolorida retórica. Otro tanto puede afirmarse sobre las preferencias del electorado porteño, en tanto que la morfología que le atribuyen los analistas (que distingue, en líneas generales, un anclaje peronista en la zona sur, una presencia progresista en la zona del centro y una orientación de centroderecha en la zona norte¹⁵) falla cada vez más frecuentemente como predictor de las conductas de los electores en coyunturas concretas¹⁶.

¿Cómo interpretar, entonces, la agitada dinámica política porteña? ¿Hay que concluir que se basa exclusivamente en la vocación de las redes políticas por acceder al control del aparato administrativo, dejando de lado su pretensión representativa? Éste es el diagnóstico que Peter Mair (1997) ha formulado para las democracias europeas, y que bien podría describir el escenario fluctuante de la ciudad de Buenos Aires, aunque sólo parcialmente. Hemos presentado a los partidos como agrupaciones contingentes de diversas redes, que, principalmente, articulan a líderes de popularidad con estructuras organizativas (o, para utilizar otra terminología, “redes territoriales”). Estos agrupamientos son altamente fluctuantes, volviendo difícil el trazado de fronteras partidarias o ideológicas que organicen una lucha política, que aparece como meramente instrumental. Asimismo, como afirmamos más arriba, el propio electorado pareciera no reconocerse tan claramente con una orientación política definida, lo que podría llevarnos a afirmar que su única preocupación pasa por la gestión eficiente y el mantenimiento del orden.

¹⁵ Calvo y Escolar, 2005.

¹⁶ Un desarrollo sobre esta cuestión puede leerse en Mauro, 2007.

Ahora bien, que haya una tendencia a la fluctuación no debe conducirnos a suponer sin más la total “estatalización” de los partidos políticos, devenidos en redes, ni el total vaciamiento ideológico en las preferencias del electorado. Al contrario, el grado de fragmentación política y de incertidumbre que presentan las coyunturas reseñadas muestran la necesidad de una articulación política que organice la competencia, aunque ésta ahora recae en los liderazgos y no en los partidos. La necesidad de dicha articulación política en términos identitarios puede rastrearse fácilmente en todo el período señalado: ante la incertidumbre política previa a cada ciclo electoral, e incluso ante la irrupción de acontecimientos que quiebran la continuidad de la vida cotidiana, son los actores políticos los que cargan con la tarea de volver inteligibles dichos escenarios. Y esta tarea no es autónoma de las tradiciones que portan los electores, al contrario, el reconocimiento de las articulaciones que ensayan los líderes políticos depende de su compatibilidad con las “sensibilidades” que informan las percepciones de los electores.

El error que cometen numerosos estudios consiste en interpretar dichas articulaciones y dichas “sensibilidades” como un principio coherente que divide el campo político a partir de un contenido sustantivo (la orientación de las políticas públicas), cuando en realidad no es otra cosa que un principio de diferenciación política vacío, que los líderes reinterpretan ante cada coyuntura.

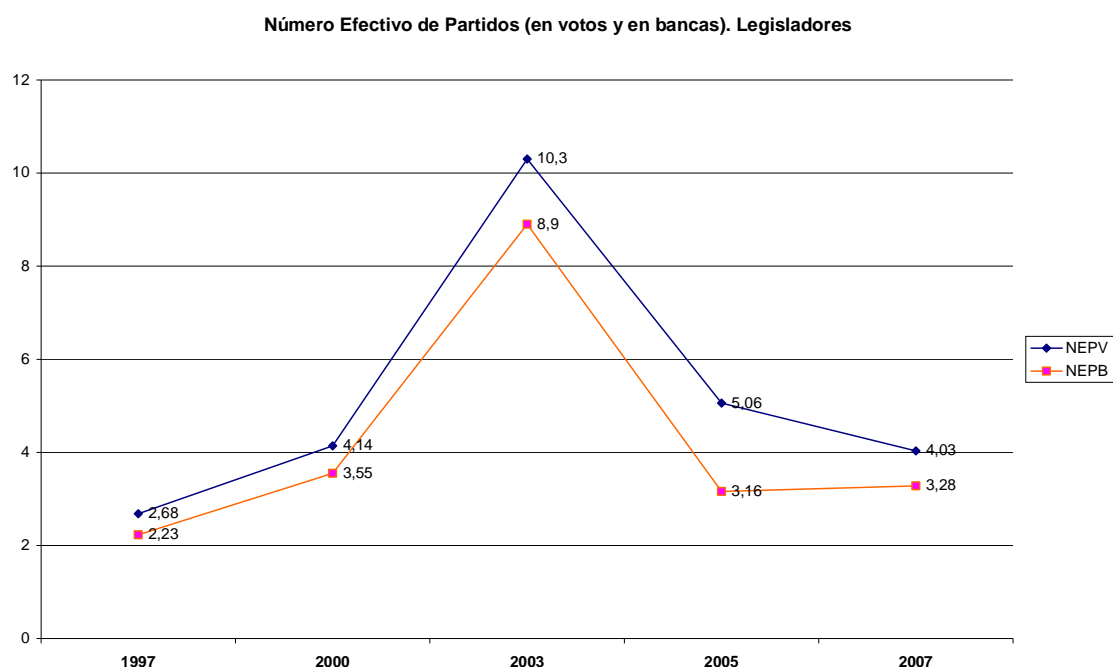
Esta función hermenéutica de los liderazgos produce una diferenciación política que ya no se encuentra garantizada por ningún principio estructural de división social, sino que, al contrario, se monta sobre capas discursivas sedimentadas (y contradictorias) que habilitan diferentes posibilidades. Sin duda, la escasa organicidad de las redes políticas, así como la competencia que encuentran los líderes en otros actores que cargan con la enunciación política, son factores que atentan contra la estabilidad de las articulaciones, estimulando la dispersión y acelerando los tiempos de realineamiento. Pero es sólo a través de los procesos de diferenciación política que los acontecimientos públicos adquieren significación política, y que los individuos pueden reconocerse como partícipes de un proceso democrático, en una dimensión que va más allá del puro pragmatismo con el que se caracteriza a las redes políticas.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Alessandro, M. 2005 “Incentivos institucionales, partidos políticos y accountability electoral. El caso de la legislatura de la Ciudad de Buenos Aires” en *3ª Jornadas de Jóvenes Investigadores* (IIGG – FSOC – UBA).
- Bril Mascarenhas, T. (2007) “El colapso del sistema partidario de la ciudad de Buenos Aires. Una herencia de la crisis argentina de 2001-2002” en *Desarrollo Económico*, Vol. 47, N° 187.
- Burdman, J. (1998) *Los porteños a las urnas. 1916-1997*, Buenos Aires, Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.
- Calvo, E. y M. Escolar (2005) *La nueva política de partidos en la Argentina. Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*, Buenos Aires, Prometeo.
- Cámara Nacional Electoral. 2007 “Datos sobre el sistema de partidos”. Unidad de recopilación y producción de datos
- Cámara Nacional Electoral 2007 “Partidos políticos. Afiliados y representatividad”. Unidad de recopilación y producción de datos
- Cheresky, I. (comp.) (2006) *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- Cheresky, I.- J.M. Blanquer (comp.) (2003), *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*, Rosario, Homo Sapiens.
- Landau, M 2008 *Política y participación ciudadana*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Leiras, M. 2007 *Todos los caballos del rey*, Buenos Aires, Prometeo.
- Mair, P. (1997) *Party system change: Approaches and interpretations*, Oxford, Clarendon Press
- Mair, P. (2005) “Democracy beyond parties”, Irvine, Center for the Study of Democracy.
- Malamud, A. (2004) “El bipartidismo argentino: evidencias y razones de una persistencia (1983-2003), revista *Colección* N°15, Buenos Aires, UCA.
- Manin, B.1998 *Los Principios del Gobierno Representativo*, Madrid, Alianza.
- Mauro, S. (2007) “Mutación, crisis, recomposición y otra vez crisis de la representación política en la ciudad de Buenos Aires. Los avatares del signo progresista”, en *Revista Argumentos*, N° 8, Buenos Aires, IIGG.
- Mauro, S. (2009) “Buenos Aires viceversa. La ciudad autónoma y la recomposición permanente de la escena”, en Cheresky, I. (comp.) *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens
- Mauro, S. y J. Natanson (2006) “Ciudadanía y sociedad civil en la ciudad de Buenos Aires”, en Cheresky, Isodoro (comp.) *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores
- Mauro, S. y F. Montero (2006) “Dilemas de la recomposición en la escena porteña. El juicio político y la articulación de la retórica opositora” en Cheresky, I. (comp.) 2006 *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- Montero, F. (2007) “El devenir de una ilusión. Las tensiones entre kirchnerismo y progresismo. Una lectura a partir de su incidencia en el escenario de la Ciudad de Buenos Aires”, en *4ª Jornadas de Jóvenes Investigadores* (IIGG – FSOC – UBA).
- Novaro, M. 2006 “Izquierda y populismo en Argentina: del fracaso del Frepaso a las incógnitas del kirchnerismo”, en Pérez Herrero, P. (comp.) *La izquierda en América Latina*, Instituto Universitario Ortega y Gasset y Fundación Pablo Iglesias, Madrid.

- Novaro, M. y V. Palermo 2002 “Menemismo, pragmatismo y romanticismo” en *La Historia Reciente. Ensayos sobre la experiencia democrática argentina*, Edhasa, Buenos Aires
- Rinesi, E.; G. Nardacchione y G. Vommaro 2007 *Los lentes de Víctor Hugo*, Buenos Aires, Prometeo.
- Scherlis, G. (2009) “El partido estatal estratárquico de redes. Apuntes sobre organización política en la era de los partidos no representativos” en Cheresky, I. (comp.) *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens.
- Torre, J.C. (2003) “Los huérfanos de la política de partidos” en *Desarrollo Económico*, Vol. 42, Nº 168.
- Vommaro, G. (2007) *Lo que quiere la gente. Sondeos de opinión y espacio de la comunicación política en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

Anexo



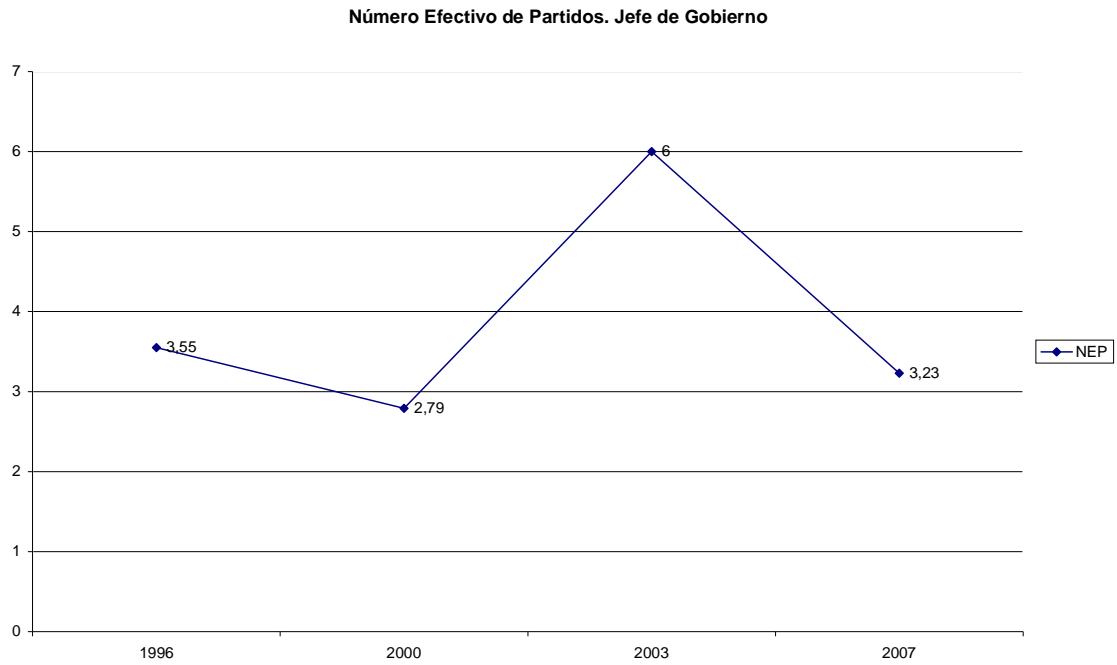
Fuente: Dirección General Electoral. CABA.

Anexo II. Partidos políticos distritales reconocidos, que participaron de elecciones a legisladores locales y que accedieron a bancas (1997-2007)

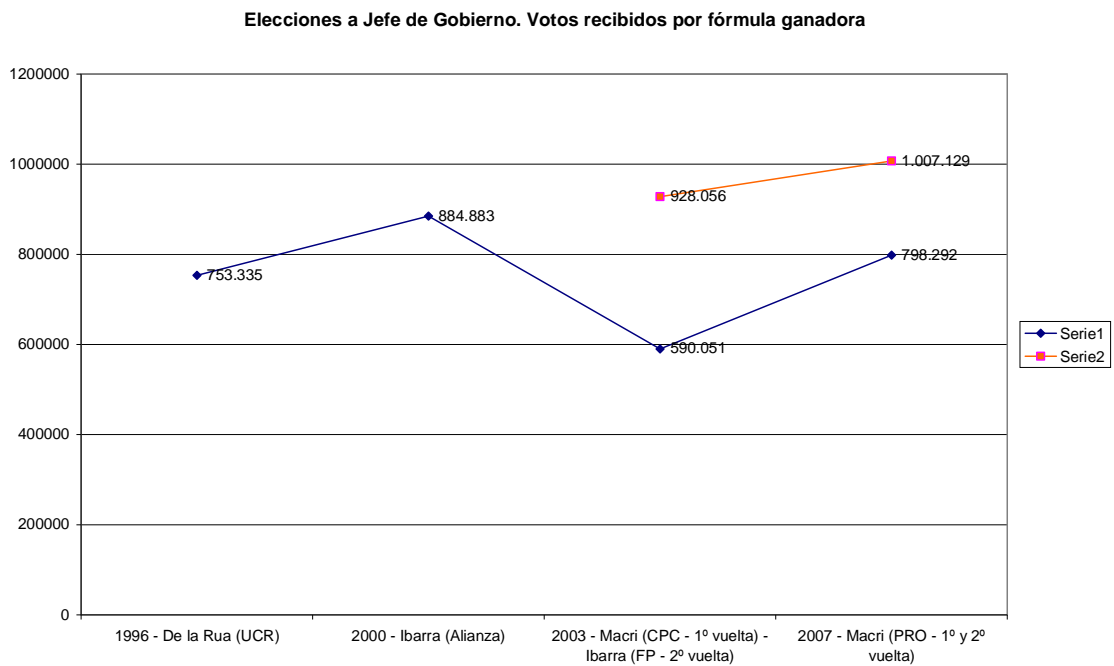
Elecciones	Partidos Reconocidos	partidos que compitieron			que accedieron a bancas		
		Listas	En coalición	total	Listas	En coalición	Total
1997 (Legisladores)	34	18	8 (4 al.)	22	4	6 (3 al.)	7
2000 (Concurrentes)	37	17	20 (5 al.)	32	11	20 (5 al.)	26
2003 (Concurrentes)	72	38	27 (6 al.)	59	11	17 (5 al.)	23
2005 (Legisladores)	83	42	23 (9 al.)	54	5	11 (2 al.)	14
2007	67	23	30 (6 al.)	44	7	28 (5 al.)	30

(Concurrentes)

Fuente: Elaboración propia con datos de la Cámara Nacional Electoral y el Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad de Buenos Aires.



Fuente: Dirección General Electoral. CABA.



Fuente: Dirección General Electoral.

Elecciones 26 de octubre de 1997. Diputados Nacionales y Legisladores.

	Diputados nacionales			Legisladores porteños		
Alianza	1.090.843	56,80%	9	1.083.493	56,03%	37
PJ	345.466	17,99%	2	332.679	17,20%	11
APR-ND	327.542	17,06%	2	328.885	17,01%	11
UPT-MID	41.151	2,14%	-	36.348	1,88%	1
Otros	115.329	6,09%	-	152.425	7,99%	-
Total votos positivos	1.920.331	95,79%		1.933.930	96,42%	
Blanco / nulo	84.347	4,04%		71.809	3,46%	
Total votos emitidos	2.004.678	78,84%		2.005.639	78,84%	

Fuente: Dirección Nacional Electoral

Electores hábiles: 2.542.567

Elecciones 7 de mayo de 2000. Jefe de Gobierno y Legisladores

Partidos	Jefe de Gobierno	Legisladores	Cargos
Alianza	49,3% (884.703) Ibarra - Felgueras	39% (699.979) Olivera	24
Ucedé		4,44% (79.629) Crespo Campos	2
Jubilados y Juventud		3,10% (55.695) Mercado	2
De la Generación Intermedia		2,76% (49.580) Marino	1
Encuentro por la ciudad	33,2% (595.775) Cavallo - Béliz	30,83% (548.324)* Oyhanarte	20
PAIS	4,6% (82.482) Roy - C. de Dios	6,68% (118.795) Roy	4
Izquierda Unida	3,43% (61.578) Walsh	4,43% (78.746) Echegaray	2
BA para Todos	2,78% (49.855) Cartañá - Selser	2,98% (53.044) Giorno	2
PJ	1,68% (30.096) G.Ocampo - Jozami	2,09 (37.259) O'Donnell	1
Humanista	1,72% (30.835) Méndez - Cevey	2,22% (39.553) Méndez	1
FUT-PO	1,45% (25.968) Rieznik - Villamil	2,05% (36.419) Altamira	1
Otros	3,3% (57.484)	2,24% (39.858)	-
Votos positivos	1.794.695	1.778.737	
Blanco	2,62% (48.896)	4,46% (65.175)	
Anulados	1,36% (25.422)	3,32% (25.101)	

*Compitió con la boleta 271 (Alianza Acción por la República), con otra composición

Total votantes: 1.869.013. Electores hábiles: 2.533.040

Fuente: Tribunal Superior de Justicia

Elecciones 24 de agosto de 2003. Jefe de Gobierno, Diputados Nacionales y Legisladores

Partidos Políticos	Jefe de Gobierno	Diputados Nacionales	Legisladores Porteños
--------------------	------------------	----------------------	-----------------------

Compromiso Para el Cambio	37,55% 660.748 Macri R. Larreta		35,28% 611.013 Vanossi	5	10.35% 179.730 Michetti	7
Frente de la Esperanza Porteña					12.2% 211.783 De Estrada	8
Movimiento Generacional					140.645 8.1% Mercado	5
Alianza de Centro					95.398 5.5% Lynch	3
Fuerza Porteña	590.051 33,54% Ibarra- Telerman	256.29 9 14,57%	13,43% 232.661 Lozano	2	13.84% 240.270 Laporta	9
De la Ciudad		192.48 9 10,94%	10,17% 176.144 Giudice	1	10.22% 177.334 Giorno	7
De la Revolución Democrática		141.26 3 8,03%	8,87% 153.743 Bonasso	1	7.38% 128.173 Kravetz	5
Autodeterminación y Libertad	216.168 12,29% Zamora- Molina		12,02% 208.238 De Brasi	2	12.53% 217.583 Oliveto	8
Unión Para Recrear BA.	171.765 9,76% Bullrich- Manfroni		9,83% 170.308 Martín	1	9.92% 172.219 San Martino	6
UCR	33.324 1,89% Caram- Isuani		3,27% 56.690 Artaza		2.2% 38.198 Vázquez	1
Otros	5.3% 91.052		7,13% 123.614		134.484	1
Votos positivos	96,99% 1.759.440		95,63% 1.732.411		95.68% 1.735.817	
Blanco/Nulo	2,93% 54.680		4,37% 79.193		4,14% 78.303	

Electores habilitados: 2.597.993. Votantes: 1.814.120 (69.83%)
Fuente: Dirección Nacional Electoral.

Elecciones 2003. Jefe de Gobierno (1ª y 2ª vuelta)

Candidatos	Primera Vuelta	Segunda Vuelta
Macri	639.497 (36.44%)	806.389 (46,5%)
Ibarra	582.138 (32,5%)	926.155 (53,5%)
Zamora	212.637 (12,3%)	
Bullrich	170.023 (9,8%)	
Caram	33.038 (1,9%)	
Otros	91.052 (5,3%)	
Positivos	1.728.385 (96,9%)	1.732.544 (94,7%)
Blanco/Nulo	54.680 (2,93%)	96.145 (4,99%)
Total	1.779.562	1.825.159

Electores Habilitados: 2.598.993
Votantes: Primera Vuelta: 1.779.562 (69,83%). Segunda Vuelta: 1.825.159 (70,25%)

Fuente: Ministerio del Interior. Dirección Nacional Electoral.

Elecciones 24 de octubre de 2005. Diputados Nacionales y Legisladores

	Diputados nacionales			Legisladores porteños		
PRO	34,09%	610.898	6	33.01%	581.923	13
ARI	22,01%	394.373	4	20.66%	364.223	8
FPV	20,49%	367.164	3	19.23%	339.051	7
PS	4,47%	80.017	-	4.98%	87.705	1
AyL	3,53%	63.302	-	3.50%	61.675	1
Otros	15,42%	273.302	-	18.62%	328.298	-
Total votos positivos	100%	1.792.056	13	100%	1.762.875	30
Blanco / nulo	4,92%	92.662		4.98%	92.444	
Total votos emitidos	72,80%	1.884.718		71.89%	1.855.319	

Fuente: Dirección Nacional Electoral
Electores hábiles: 2.588.782

Elecciones 2007. Jefe de Gobierno (1° y 2° vuelta) y legisladores porteños

	3 de junio de 2007				24 de junio
Partido/Alianza	Jefe de Gobierno		Legisladores		2° vuelta
PRO	45,76% (798.292) Macri - Michetti		44,32% (768.748) Narodowski		15 60,94% 1.007.729
Diálogo por BA	23,75% (414.205) Filmus – Heller	12,51% (218.189)	14,44% (250.471) Ibarra		5 39,05% 645.779
Frente para la Victoria		11,24% (196.016)	10,76% (186.559) G. García		
Más Buenos Aires	20,68% (360.734) Telerman – Olivera	11,06% (192.843)	9,95% (172.642) Cerruti		3 3
Coalición Cívica		9,62% (167.891)	8,59% (148.899) Maffía		
MST	2,95% (51.465) Walsh – Bidonde		4,04% (70.065) Walsh		1
Bs. As. Para todos	2,72% (47.505) Lozano - González		2,97% (51.506) Hourest		1
Otros	4,12% (72.155)		4,93% (85.504)		
Total	100% (1.744.356)		100% (1.734.394)		30 100% (1.653.508)
Blancos/Nulos*	3,19% (57.479)		3,74% (67.441)		5,99% (105.379)
Votantes**	70,04% (1.801.835)				68,38% (1.758.887)

Electores hábiles: 2.572.326.

Fuente: Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

* Porcentaje sobre el total de votantes

** Porcentaje sobre total del padrón

Elecciones 27 de junio de 2009. Datos provisorios

LISTAS	DIPUTADOS NACIONALES			LEGISLADORES		
	Votos	%	Escaños	Votos	%	Escaños
PRO PROPUESTA REPUBLICANA	561.847	31,09%	5	559.776	31,22%	10
PROYECTO SUR	437.634	24,08%	3	424.069	23,65%	8
AL. ACUERDO CIVICO Y SOCIAL	344.388	18,86%	3	334.696	18,67%	6

ENC. POP. P/ VICTORIA - FPV	210.136	11,63%	2	205.794	11,48%	4
AL. DIALOGO POR LA CIUDAD	59.308	3,26%		57.822	3,23%	1
OTROS	203.538	11,20%		225.792	12,50%	1
TOTAL POSITIVOS	1.807.338	100%		1.792.792	100%	
BLANCO-NULO	51.379	2,77%		56.796	3,07%	
TOTAL VOTANTES	1.858.717		13	1.849.588		30

Electores Hábiles: 2.508.353

Fuente: Ministerio del Interior